

MIENTRAS ARDE EL MUNDO

bles y los directores sustituibles sin ningún descalabro. Hay un clima de «stand» de feria cultural, que sólo se perderá el día que nuestros Teatros Nacionales reduzcan su vinculación al Estado a los términos estrictamente administrativos.

Ahí está, en octubre del 42, otra larga e interesante crítica de Marquerie sobre «Peribáñez», en la que cierra toda posible recreación revolucionaria de nuestros clásicos: "Si bien es verdad que pinta un noble olvidado de sus deberes por una mala pasión que le ciega y arrebata, no es menos cierto que ese personaje resulta castigado con la muerte y arrepentido de su culpa, y que el Rey —como en 'El Alcalde de Zalamea' y en tantas obras de nuestro Siglo de Oro— encarna, por encima de toda contingencia, el sentido de una justicia generosa y humana. Con lo cual no se ataca demagógicamente el equilibrio de los estamentos sociales y todo se emplaza y se sitúa en su punto y lugar".

Se han superado, desde luego, las jornadas patrióticas de la época de Niní Montañán y de los estrenos de textos de muy heterogéneo valor. Escobar y Cayetano Luca de Tena garantizan, si no pasión, pulcritud. Una pulcritud que quizá cumple un importante papel en tiempos en que, en otros teatros, atruena la voz del apunador o suegras y yernos libran una inacabable batalla cómica. Pero que, al mismo tiempo, por la falta de un proceso interno, está condenada, a la larga, a la inmovilidad.

En el resumen teatral del 43, todos los críticos destacaron la labor de los Teatros Nacionales, injustamente ambos en Madrid. El Español había presentado: «Un drama nuevo», de Tamayo y Baus; «Don Alvaro o la fuerza del sino», del Duque de Rivas; «El castigo sin venganza», de Lope de Vega; un Tenorio y «Romeo y Julieta», de Shakespeare. En el María Guerrero, Escobar había dirigido: «La muerte en vacaciones», «La voz amada», «Gente que pasa», de Foxá y J. V. Puente, y «Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario», de Tono y Mihura. En el 44, montan «Otelo» en el Español, y en el María Guerrero, además de «Traidor, inconfeso y mártir», el primer título norteamericano.

Nada menos que «Nuestra ciudad», de Wilder, en cuya crítica, García Espina reconoce: "No recuerdo nunca haber salido del teatro con una emoción semejante". Pemán estrena en el 45, en el Español, su versión de «Antígona». Y el Sábado de Gloria de aquel mismo año, una versión de «Don Gil de las calzas verdes» pone sobre la mesa un avance de las teorías que, años más tarde, conducirán al gran éxito del «Tartufo». El adaptador es Enrique Llovet y el crítico dice: "Don Enrique Llovet trató con fortuna de hacer sonreír en 1945 con el temario de sonrisas que Tirso calculó para el primer tercio del XVII". ¡Lástima que otros no intentaran avanzar por ese camino!

También el «teatro de cámara» se ha puesto en marcha al terminar la guerra. El 2 de febrero de 1940, el TEU se ha presentado en el Español con una obra de Unamuno. También Modesto Higuera organiza sus programas anuales de representaciones no profesionales. Pero el nombre de «teatro de cámara» saltará por primera vez a la realidad teatral con la creación de la **Compañía Dramática de Cámara**. Sus autores son, al principio, las figuras más ilustres, a las que se pide obrar en un acto. En la primera sesión de esta Compañía se montan «Noche de Alfama», de Tomás Borrás, y «Juan sin versos», de José María Pemán. En la segunda, «La diligencia de Palermo», de José Bergua; «Alucinación», de Héctor Díaz Villaplana, y «Cantigas de Serrana», de Eduardo Marquina. La crítica de «ABC» hace estos comentarios: "En este teatro de la emoción, si no se consigue sugestionar al público fulminantemente, se desvanecen los efectos apetecidos".

He aquí otro concepto español de la época comentada: "Sugestionar al público fulminantemente". Fuera, el mundo y la vida española siguen su curso difícil, sin echar una mirada a los que, animados por oscuras enfermedades, han decidido prohibir la entrada en los teatros a los que, como dirá el falso poeta dramático, «saben geometría». ¿Habrá gentes en Hiroshima viendo teatro el día que cayó la bomba sobre su ciudad? ■ J. M.

(CONTINUARA)

La Historia será sin duda extremadamente severa con el ex presidente Lyndon Johnson, en especial por lo que respecta a su política exterior. Sin embargo, no podrá robarle un mérito: el de haber, tras un John Kennedy, enfrentado al país con algo que habría que calificar de escándalo: la pobreza.

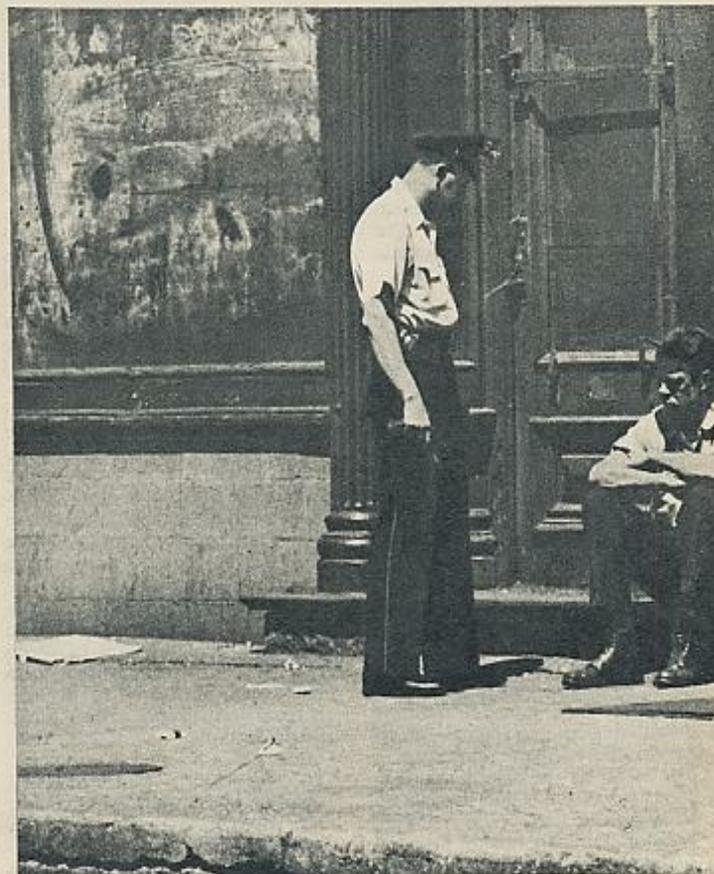
Claro que Lyndon Johnson no fue el primero que tomó conciencia de esta plaga. El mérito corresponde ciertamente al escritor progresista Michael Harrington, cuyo libro publicado al principio de los años sesenta bajo el título de «La otra América» fue muy apreciado por John Kennedy. Kennedy desapareció y tocó a Lyndon Johnson la tarea de enterrar o, por el contrario, incrementar la lucha contra la pobreza. Johnson escogió la última de las dos soluciones, y ello le honra, aunque su elección se explica perfecta-

mente: demócrata desde siempre, Lyndon Johnson llegó a Washington cuando Franklin Roosevelt, el primer presidente americano de los tiempos modernos que se haya atrevido a decir en voz alta que el papel del Estado no era, quizá, más que un papel de mediador. Aunque es verdad que la gran depresión ayudó al éxito del mensaje...

0 cañones o mantequilla

El «reinado» atormentado de Johnson no tuvo que soportar

NIXON FREN



Por JACQUES AMALRIC

una catástrofe semejante. Desde enero de 1965, tras un brillante triunfo sobre el senador Barry Goldwater, el sucesor de John Kennedy lanzó su grito de guerra contra la pobreza, prometiendo a sus conciudadanos que les traería la «gran sociedad». Este generoso proyecto fracasó al querer conciliar la «manequilla» de la gran sociedad y los «cañones» de la guerra de Vietnam. Johnson dispersó las energías del país. Oyendo al ex presidente, sus conciudadanos habrían podido creer que la victoria sobre la pobreza no



TREINTA MILLONES DE AMERICANOS VIVEN APARTADOS DE LOS BENEFICIOS DE LA SOCIEDAD OPULENTE.

parlamentarias— la influencia del sociólogo Patrick Moynihan, tráfuga del partido demócrata, en la actualidad consejero especial del presidente. Fue el profesor Moynihan el primero que denunció ciertas reglamentaciones de la asistencia social, de acuerdo con las cuales una madre sólo puede beneficiarse de subsidios más que en caso de abandono del marido. Esta ley ha jugado un papel considerable en la disgregación de las familias al incitar a los parados a abandonar sus domicilios para que sus familias pudiesen beneficiarse de la asistencia social.

Dos principios p u e s t o s en marcha por Nixon representan una novedad en el contexto americano. El primero de ellos obliga al Gobierno Federal a proporcionar a las familias asistidas unos ingresos mínimos nacionales. El segundo obliga igualmente a la Administración central a asegurar estos ingresos mínimos no sólo a los asistidos, sino también a aquellos trabajadores cuyos sueldos no alcancen este mínimo. El problema consiste en saber a qué nivel se fijarán estos ingresos mínimos que habrán de garantizarse. Ahí está el fallo de Nixon: para el presidente, en efecto, unos ingresos anuales de 1.600 dólares (112.000 pesetas) son suficientes para una familia de cuatro personas. Es una cifra muy baja; según los criterios de la propia Administración, hace falta un mínimo de 3.550 dólares (248.500 pesetas) anuales para que una familia de esas características salga de la pobreza. Una comisión presidencial, creada por Johnson, pero que no publicó su informe hasta el pasado mes de agosto, calcula este mínimo en 2.400 dólares (168.000 pesetas).

TE A LA POBREZA

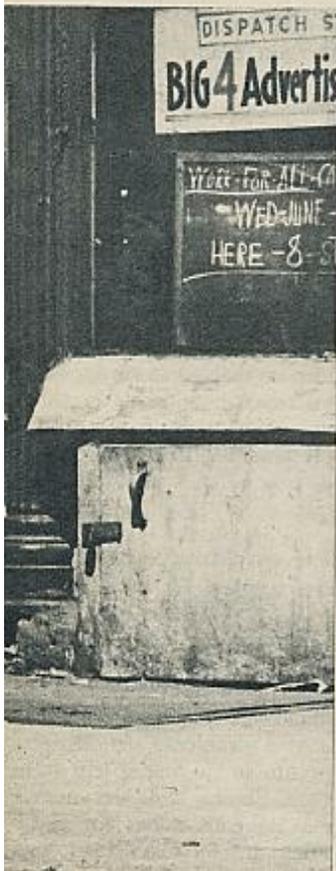
era más que cuestión de años. Ahora bien, sólo en la instalación de la maquinaria destinada a combatirla se emplearon más de dos años, y los adversarios del proyecto aprovecharon todos los errores, por otra parte inevitables, tanto más cuanto que el comienzo de la lucha contra la pobreza coincidió con los grandes disturbios raciales. Los conservadores no encontraron ninguna dificultad para relacionar ambas cosas y denunciar la «ingratitude» de los asistidos...

Richard Nixon aprovechó también esa argumentación para su campaña electoral de 1968. En repetidas ocasiones denunció las «promesas demagógicas» de los demócratas liberales, en gran parte responsables —en su opinión— de los desórdenes civiles que sacudieron América a partir de 1964. Sacrificando al mito según el cual la pereza engendra pobreza, Nixon prometió en varias ocasiones «poner a trabajar» a todos aquellos que figuraban en las listas de asis-

tencia social. Pero un presidente no puede atenerse a las mismas generalidades que un candidato. A su vez, Nixon se vio obligado a reconocer la existencia de una importante zona de sombra dentro de la sociedad de la abundancia. El 6 de mayo, en un mensaje al Congreso, afirmaba que «ha llegado el momento de terminar con el problema del hambre en Estados Unidos, y de terminar de una vez para siempre». Tres meses después, precisaba sus puntos de vista en otro mensaje al Congreso, consagrado a un proyecto de reforma de la asistencia social.

¿Cuánto cuesta vivir?

Planteando el problema de la seguridad social, Nixon se enfrenta a uno de los puntos débiles —y frecuentemente denunciado como tal— del sistema norteamericano. Se ve, además, en las proposiciones del presidente —siempre a la espera ante varias comisiones

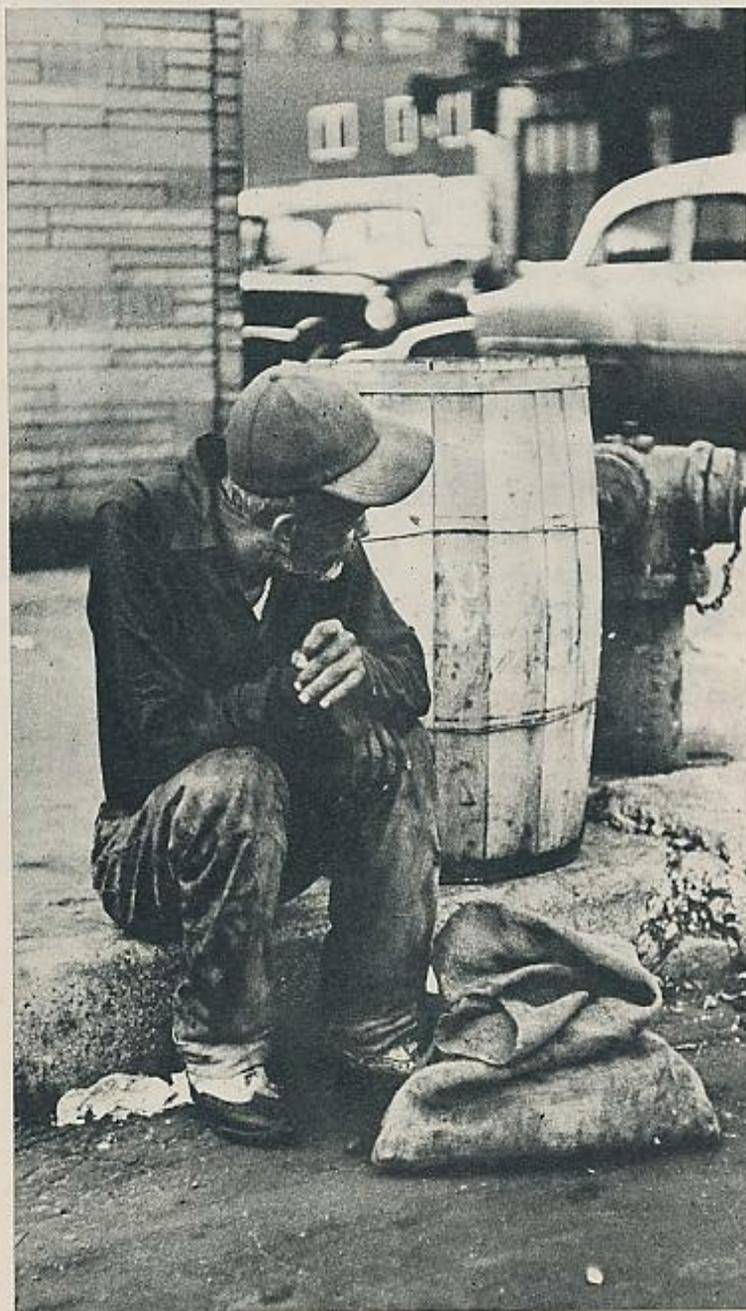


NIXON FRENTE A LA POBREZA

Para que USA no pierda su carácter

Las propuestas de Nixon establecen un tercer principio, que ha levantado muchas más críticas que los antedichos 1.600 dólares. Con el fin de evitar que América «pierda su carácter» mediante la institucionalización de la asistencia, el presidente ha pedido que toda persona beneficiaria esté obligada a aceptar cualquier trabajo que se le proponga so pena de perder sus beneficios. La comisión creada por Johnson había desaconsejado esta medida por dos razones. «Se dice a menudo —consta en el informe— que todos los que quieren vivir bien pueden hacerlo con tal de trabajar, y que los pobres son los primeros responsables de su pobreza... Tales afirmaciones son falsas. Nuestras estructuras económicas y sociales hacen inevitable la pobreza para millones de individuos... La verdad es que la mayor parte de los pobres lo son toda su vida porque no pueden conseguir los ingresos suficientes ni siquiera trabajando».

Por otro lado, la comisión ha realizado un estudio en cifras de las consecuencias de la cláusula propuesta por Nixon: En 1966, cuatro millones y medio de cabezas de familia de menos de sesenta y cinco años no contaban con ingresos suficientes; de estos cuatro millones y medio, tres millones trescientos mil realizaban algún trabajo; del millón doscientos mil restantes, noventa y cinco mil no habrían podido trabajar aunque hubiesen querido, bien porque estuviesen enfermos, bien porque se tratase de madres de familia con niños pequeños. Quedan aproximadamente trescientos mil, muchos de los cuales estaban buscando trabajo, pero sin suerte. Por último, la comisión calcula en un tres por ciento del total de los cabezas de familia el porcentaje de asistidos a quien se habría podido —como quiere



Nixon ha reconocido la existencia de una importante zona de sombra dentro de la sociedad de la abundancia. En un mensaje al Congreso afirmaba que «ha llegado el momento de terminar con el problema del hambre en los Estados Unidos»...

Richard Nixon— «poner a trabajar».

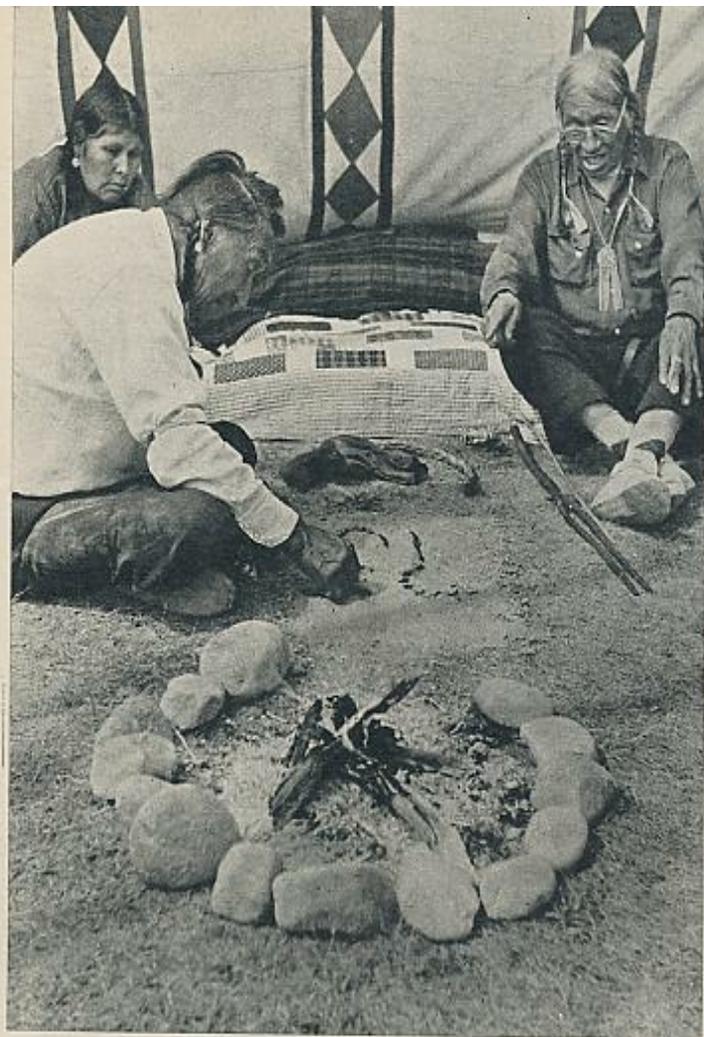
Guardar las formas

Detrás de estas cifras se oculta, de hecho, una diferencia fundamental de enfoque del problema: tanto para la comisión como para Johnson se trataba de terminar con la pobreza en Estados Unidos. Todos los indicios señalan que los objetivos de Nixon son más modestos: no es a la pobreza a lo que el actual presidente quiere declarar la guerra, sino a su manifestación más extrema: el hambre y su forma de manifestarse más corriente, la desnutrición. Si bien más de treinta millones de americanos vegetan todavía en la pobreza —en su mayoría negros, portorriqueños, indios y algunas minorías blancas de los Estados del Sur y de los Apalaches—, las estadísticas oficiales calculan en quince millones solamente el número de americanos mal alimentados.

Para estudiar este problema, la Casa Blanca ha reunido a principios de diciembre, en un gran hotel de la capital, una conferencia con más de tres mil delegados. Durante tres días, bajo la dirección del profesor Jean Mayer, un médico francés naturalizado americano, especialista de los problemas de nutrición y de salud pública, profesor de Harvard, se celebró un gran debate, pero también un diálogo de sordos entre los representantes de la Administración, por un lado, y representantes de gran número de asociaciones populares.

Un estado de urgencia

Aunque al inaugurar los debates el presidente Nixon haya reafirmado su voluntad de terminar «de una vez para todas» con el problema del hambre, pronto se vio que el jefe de la Casa Blanca tenía las manos más o menos atadas por su política anti-inflacionista y que



Las estadísticas oficiales cifran en quince millones el número de americanos mal alimentados. En su mayoría son negros, portorriqueños, indios y algunas minorías blancas de los Estados del Sur y de los Apalaches...

no quería incurrir en nuevos gastos. El divorcio se hizo evidente cuando la Administración contestó con un tácito no ha lugar a las recomendaciones de la conferencia según las cuales «este país se enfrenta actualmente con el problema urgente del hambre y de la desnutrición». «En consecuencia —estimaron los congresistas—, el presidente debe declarar inmediatamente un estado de urgencia relativo a estos problemas y poner en marcha una serie de programas destinados a alimentar, a partir de este invierno, a todos los americanos que son víctimas de desnutrición». En realidad, el presidente no anunció nada nuevo, sino que hizo saber, simplemente, que se atendería a sus decisiones del mes de agosto y que

prevén una extensión de la distribución de los excedentes agrícolas a los trescientos condados que todavía no se benefician de ellos, y el aumento de 58 a 105 dólares del valor de los «cupones de alimentación» distribuidos a una familia compuesta por cuatro personas.

Sin embargo, lo cierto es que el presidente se ha visto —y se verá— obligado a tener en cuenta a esos treinta millones de americanos más o menos marginados, y que al tomar partido a favor de unos ingresos mínimos garantizados por el Estado ha franqueado una etapa determinante en la lucha contra la pobreza. Se ha sentado un precedente y, aunque la tasa establecida es muy baja, siempre podrá revisarse. ■ J. A.

Copyright "Le Monde Diplomatique" - Fiel y TRIUNFO 1970.

MASSIUS

